

PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICIÓN ⁽¹⁾

*Al Excmo. Ministro de Justicia é Instrucción pública
de la República Argentina Doctor Osvaldo Ma-
gnasco.*

Podría haber presentado á V. E. una mera descripción de planes de estudio, disciplina, organización, horarios y reglamentos de algunos sistemas extranjeros de Instrucción pública que siempre pueden citarse como modelos en un país novel en que todo debe ser improvisaciones y ensayos. Pero debo á V. E., en conferencia que tuve antes de partir para Europa, el sano consejo de que sería de mayor provecho penetrarme en el espíritu de esas ajenas instituciones educatorias, y poner de relieve dicho espíritu, oculto como un enigma á la mirada del indiferente, que limitarme á la descripción de sus formas.

Nadie se hará jamás una idea acertada de Inglaterra por las notas de una guía Bædecker, sino por sus propias observaciones, y si se quiere verla á través de los libros, por la vivisección que ha sabido hacer de su cuerpo y su alma la pluma-escalpelo de un

(1) Impresa en la ciudad de Buenos Aires, bajo el título *«El Espíritu de la educación»*, in 8.º, taller tipográfico de la Penitenciaría Nacional, 1901.

Taine (1). Pues bien; la mayor parte, si no la totalidad de los libros que se publican acerca de los sistemas educativos extranjeros, no tienen mayor valor psicológico, á pesar de la abundancia, y á veces la exactitud de sus datos, que esas pobres guías. Salirse de ese angosto cauce de infecunda rutina, sería obra de provecho. Y es lo que pretendo: discúlpese la ineficacia que temo de mi intento, en razón de la magnificencia de la empresa.

No me propongo el minucioso estudio histórico de una enseñanza nacional, á la manera de Paulsen; ni como Lexis, el más completo desarrollo estadístico de esa enseñanza; ni como Max-Leclerc ó Coubertin, una descripción literal de extraños institutos; ni como Didon y Demolins, una plática sobre la conveniencia de imitar modelos de «mejor civilización». Lejos de todo ello, ni quiero aplicar ideas de determinada escuela, ni proclamar remedos imposibles ó irrisorios, ni analizar y narrar al detalle decantadas instituciones de instrucción, sino sorprender en ellas la íntima esencia de su vida, ese espíritu tantas veces en contradicción con las apariencias, para llegar, trasponiendo las barreras de esas falsas apariencias y esas insuficientes descripciones de las formas y de esos apasionados consejos de imitación, al fondo mismo de las cosas. He ahí la obra que fuera de mayor utilidad para un pueblo que «improvisa» su carácter y su educación. De tal manera, se trabaja para evitarle la copia pueril de simples exterioridades transitorias, y el absurdo de falsificaciones imposibles de instituciones cuyo espíritu no le es asimilable. Pero dentro del carácter de

(1) Véase *La Inglaterra*, por H. Taine, publicada en esta misma Biblioteca.

cada pueblo, y aun en el cultivo de ese mismo carácter, cabe la reforma prudente: nada puede producirla mejor, en materia educatoria, que la discusión del espíritu que da vida á la educación en sus varios sistemas á través de tiempo y espacio...

Debo hacerme dispensar en este Informe, su prurito de didáctica, su estilo no siempre llano, y su demasiada extensión.

Respecto de lo primero, diré que, disgustado por la falta de método peculiar á nuestra literatura, sacrifico la amenidad á la razón y el orden; que prefiero lo concreto del pretencioso dogmatismo á las flojedades de disertaciones más estilistas que sociológicas; y que reputo menos indigesta la pedantería de precisión del maestro de escuela, que la nebulosidad de ciertos autores que, faltos de ideas netas, se enorgullecen de ser enigmas para un público que cuanto menos los entiende más los respeta. La propia materia que expongo requiere, por lo discutida, fijar el alcance de sus expresiones y conceptos fundamentales á la manera de cualquier tratadillo elemental, porque tales conceptos y expresiones son con harta frecuencia mal entendidos é impropiaamente empleados.

Si mi estilo, en cambio, abunda en metáforas, apóstrofes y breves divagaciones que no armonizan con los propósitos científicos de esta obra, ello es porque pienso que hay ideas y doctrinas que, aunque tengan un alcance filosófico, no son de percepción fácil sino expuestas con el énfasis de la pasión. Porque observo que un sentimiento poético, como el rocío, no marchita sino vivifica, cual si fueran flores, las legumbres de un huerto que nunca pudo ser jardín. Porque temo no me sea dado expresar la sutileza de ciertas fases

de los espíritus varios que en mi estudio he percibido, en la prosa de las pedestres lucubraciones que suelen redactarse en todos los pueblos á guisa de informes oficiales, y que llevan en sí, como estigma incurable de su verbo, el sello de la pereza con que se escriben, como artículos de encargo en que todo cabe menos la noble llama de la producción original. Porque puedo, finalmente, como si esas razones no tuvieran fuerza de aríetes, mencionar también ejemplos de comisionados de Instrucción pública que, como el norteamericano N. Murray Butler, han producido estudios de carácter más marcadamente oficial que el presente, con la desventura, el desorden y la elegante despreocupación de una obra de arte.

No diré, respecto á la extensión de este trabajo, plagiando á Pascal, que no he tenido tiempo de hacerlo más breve: porque un estudio de esta índole debe meditarse con tiempo, ó no escribirse. No diré tampoco, en recuerdo del sabio consejo de Macaulay, que después de plantado y crecido mi bosque, entré blandiendo mi hacha á despojarlo de maleza inútil; pues cuando hube de realizar esa selección, me pareció hallar conexiones tales entre unas y otras partes de mi estudio, entre uno y otro capítulo, entre uno y otro párrafo, que me figuré que al quitarle una línea cualquiera, desharía el conjunto, como sucede en ciertos tejidos manuales, que se desatan en su totalidad si uno descorre el hilo en una de sus puntadas. Verdad es, y debo reconocerlo, que traigo á colación repetidas veces y en oportunidades varias, un mismo pensamiento y una misma doctrina bajo diversas formas y aplicaciones; como si para hacerla penetrar mejor en la mente de quien la leyere, fuera indispensable presentársela con esa persistencia que emplean cier-

tos vendedores de buena fe en mostrar su mercadería en todas sus fases, á todas las luces y en todos los aspectos posibles. Ello, más que defecto, puede ser cualidad recomendable, nada extraña á buenos estilistas, pues demuestra la sinceridad de las convicciones del autor, y su buen deseo de presentarlas con nitidez y de sostenerlas con constancia.

Hallar una condensación suma de mis ideas en la forma menos árida posible, ha sido mi más tenaz preocupación. He tratado de evitar, ante todo, la difusión.

Un estudio de psicología parece siempre difuso á un lector que no le presta atención especialísima. Ahora bien; conociendo el medio ambiente en que debo publicar mi obra, la he reducido, al escribirla, á sus mínimas proporciones, aun truncando, á veces, el desarrollo de mi pensamiento. Se dice que las personas capaces de leer en conciencia un libro de tesis en nuestro país, son como los «elegidos» de la legión de Esparta: no pasan de trescientos. En el deseo de hallar siquiera esos trescientos lectores me he reducido y precisado, hasta correr el riesgo de ser infantilmente elemental en unos momentos, en otros obscuramente sobrio... Si este estudio hubiese tenido por objeto presentarme como candidato á *Privat dozent* de una universidad alemana, no hubiera vacilado en darle, para su mayor claridad y fundamento, toda la extensión que el tema requiere, como si me propusiese producir un *standart book*; lo hubiera ampliado en largas páginas, con las notas pertinentes en los seis idiomas—latín, castellano, alemán, francés, inglés, italiano—, de los documentos ó libros que le han servido de fuente. Pero aquí ello podría pasar por pedantería: los trescientos valientes de la legión de Espar-

ta sucumbirían ante el número persa de páginas, como la hueste de Leonidas en las Termópilas.

Consideraciones de otro orden alientanme también á presentar á V. E. este libro tal cual lo he concebido y realizado, sin menguas ni redundancias. Entre ellas, y sobre todas ellas, está su sinceridad. No me he esforzado al escribirlo como un galeote en sus remos, sino que lo he sentido y pensado con esa espontaneidad característica de los partos fecundos de la imaginación de hombres y pueblos. Ampliaré en breves líneas, para su mejor inteligencia, esta confesión. Pienso que esa sinceridad, condición inconcusa del mérito, y por ende del verdadero éxito, es una intuición del espíritu de la sociedad-ambiente en el ánimo del autor, poeta, filósofo ó estadista. Pienso que no acertará quien se aparte del *alma nacional*, que es la única que puede aprehender el individuo; y pienso que no será verdadera empresa alguna que no la refleje. Homero debió ser heroico en un pueblo heroico; Santo Tomás y Dante místicos en edades místicas; Bacon y Hobbes, positivistas y utilitaristas en Inglaterra; no se concibe la profundidad de Maquiavelo sin conocer su Italia; Cervantes fué caballero en país de caballeros; panteístas Goethe y Hegel, prohijados en un medio de panteísmo... Es absurdo imaginar sinceridad de alto vuelo en un místico inglés contemporáneo, ó en un panteísta francés, ó en un épico austriaco: cada sinceridad en su nación y su tiempo. Y aplicando esta teoría á nuestra República: ¿cuál es la distintiva de su alma nacional? ¿cuál ese sentimiento único ó insustituible que puede levantar la mente de sus ciudadanos á la región luminosa de la producción sincera que se impone ante propios y extraños? Por ligera-

mente que se analice nuestro espíritu nacional, resulta como su último substractum el cosmopolitismo. Hemos hecho poco menos que tábula-rasa de nuestra historia y tradiciones; hemos improvisado por revolución é imitación; hemos dado á los extranjeros franquicias que no hubieron en ningún otro país del globo, y éstos han venido de los cuatro puntos del horizonte á constituir la masa de nuestro pueblo, masa cosmopolita que ha dado por fruto un espíritu cosmopolita. Luego la obra de un argentino, para ser reflejo del alma nacional, debe resentirse de ese espíritu cosmopolita, así como la de un alemán de sentimentalismo panteísta, la de un inglés de una amalgama de positivismo y puritanismo, de aticismo la de un francés.

Aunque pueda presentarse esta teoría con la apariencia sutil de una paradoja, posee la verdad real de un axioma. Extremando sus términos, recorramos la lista interminable de editores y autores extranjeros, ya que los extranjeros representan en literatura la última instancia, y veamos cuál autor argentino ha sido y es más leído, traducido, comentado, citado y respetado. Aunque se tratare más que de esta República de toda la América latina, el problema es harto fácil: no existe más que un solo autor en tales naciones, cuya obra se haya traducida á varios idiomas, se lea en todo el mundo civilizado, sirva de texto en las universidades á la par de las Pandectas y de Savigni; cuyo nombre sea universal, cuya autoridad sea reconocida por todos los tratadistas de la materia y citado punto menos que en cada una de sus páginas. Este autor es Carlos Calvo; y la materia de su libro es el derecho de gentes, la ciencia cosmopolita por excelencia.

La del presente es la educación; pero estudiada

cosmopolíticamente, á través de los pueblos y las lenguas. En más modesta esfera, también aspiro á una doble sinceridad, personal y *social*.

Ambiciono que mi esfuerzo sea de alguna *utilidad práctica* para mi patria. Jamás, señor ministro, entusiasmó mi alma más intenso deseo. Pero ¿cómo debo entender la «utilidad práctica» de un libro? Para la cultura alemana, nada es más provechoso al progreso que los estudios de alta sociología. Interrogad allí á un universitario cualquiera, y os responderá probablemente, aunque sea naturalista ó matemático, que los libros de filosofía, y especialmente de metafísica, son las mejores palancas del pensamiento nacional que, por más útil que Sedán haya sido para el porvenir de Alemania, mayormente ha influido en él la aparición de la *Critick des reinen Vernunft*... Taine observará que Macaulay y Carlyle han sido tan provechosos á la grandeza *material* del Imperio Británico como Canadá y Sud Africa... Algunos burgueses os dirán hoy en Francia que la «utilidad práctica» de un libro consiste en que se le pueda aplicar al comercio á la industria... En mi modesto sentir, la «utilidad práctica» de un libro consistiría en que su lectura y difusión puede prestar algún servicio á la inteligencia ó al poder de una sociedad, ya por sus datos, ya por sus doctrinas, aun cuando ni éstas ni aquéllos fueran de una aplicación *inmediata*... Basta que la obra represente una contribución durable á la actividad nacional. Pero para que, en ciencias sociales, esa contribución exista, paréceme indispensable que la obra tenga una base científica. Por ello, contra el prejuicio de espíritus superficiales y á pesar del peligro de incurrir en divagaciones inoficiosas, expongo sumariamente los

antecedentes históricos y *psico-sociológicos* de los sistemas modelos que en este libro se estudian. Así entiendo, germánicamente, la «utilidad práctica».

Por ello, fácil resulta, del conjunto de este ensayo, la concreción de sus principales *consecuencias de aplicación práctica inmediata*. El lector puede hallar algunas en el párrafo final.

Y me honra altamente, señor ministro, el hecho de que muchas de esas conclusiones concuerden con ideas que V. E. ha sostenido en el Mensaje del P. E. al Honorable Congreso Nacional de 31 de Mayo de 1899, y en posteriores decretos y debates parlamentarios, que no cito por no alargar este Informe.

Dios guarde á V. E.

C. O. BUNGE.

Buenos Aires, Mayo 1.º de 1900.